

SUS padres querían tener una hija como la nieve... Esta es la historia de Anuscha, la que cantan los niños, allí, muy lejos, donde las balalaikas son dulces y las noches blancas. Los niños la cantan con voces muy puras, con sus caritas resaltando sobre las rubaskas, con sus pómulos agudos y sus ojos claros, como grandes gotas de agua. En el fondo de estos ojos se anima, diminuta, la imagen de Anuscha, la niña que sus padres querían como la nieve. Y cuando la Navidad llega, la imagen de Anuscha crece, crece, y se la puede ver caminando, alegre y dichosa, hasta la margen del río.

El río viene muy crecido por la Navidad. Sus orillas se hielan y los árboles y las plantas parecen esas pequeñas ramas que encierran las botellas de licor. Es un licor muy dulce, como Anuscha era, y los niños gustan de él y no del ardiente y áspero wodka, que hace alborotar a los mayores. Pero también los mayores cantan estos días la canción de Anuscha; la canción de Anuscha y del río, que tiene heladas las márgenes y las plantas y los árboles de sus orillas como cubiertos de azúcar.

En el centro, el río no se hiela jamás, porque el agua lo impide al bajar turbulenta. El agua suena como si muchas voces se encontraran prisioneras en su fondo, y de noche estremece escucharle. Su rumor avanza sobre la llanura. Parece el de un tropel de caballos desbocados que, sin embargo, ninguna huella dejan sobre la nieve. Pero los niños saben que el agua del río trae un mal mensaje y se arrojan entre las sábanas, y miran el chisporrotear de los leños en la chimenea y la débil lamparilla que alumbraba la imagen de San Nicolás. San Nicolás es grande y bondadoso. Los niños de esta tierra le aman mucho, porque, en cuanto se duermen, San Nicolás cubre de juguetes el espacio frontero a la chimenea. San Nicolás no olvida nunca hacerlo, ni aun cuando los niños son pobres y deben ir al bosque, recogiendo ramas secas para que en el hogar de la chimenea no falte la lumbre.

Los padres de Anuscha eran pobres también. Pero se querían mucho y toda su ilusión estaba puesta en el hijo que habría de venir. Cuando la madre de Anuscha robaba horas al sueño para coser su ropita, quedaba muchas veces con la aguja inmóvil y la mirada perdida, pensando en lo blanca que sería; tan blanca como la nieve. El rumor del río se le transformaba entonces en una dulcísima melodía y la madre de Anuscha contemplaba la pequeña cuna que su marido había construido. Porque, la canción lo dice, el padre de Anuscha era carpintero.

*Carpintero, carpintero,
¿qué le vas a construir?
Una cuna, carpintero,
para que pueda dormir.*

Cuando Anuscha nació no pudo decirse que fuera como la nieve. No, aunque la canción que los niños cantan a lo lejos, con sus caritas resaltando sobre las rubaskas y una diminuta imagen perdida en el fondo de sus ojos color de agua, lo afirma también.

*Era blanca, blanca y clara.
¿Quién igualó su blancor?
Tanta nieve en la cara,
nieve y lirio, nieve y lor.*

Era muy oscura Anuscha, como la noche en que su madre cosía, como el rumor del río, como las sombras que se mueren, furtivas, en torno a las islas, haciendo ponerse en guardia a los campesinos. Su madre no dijo nada, pero llevaba sobre el corazón la pena de que aquella hija no hubiese sido como la nieve, como la mañana, como el lirio, que, a lo lejos, canta la canción. Y Anuscha, cuando fué crecida, la llevó también, porque su madre la decía a veces: ¿Por qué no fuiste blanca, Anuscha? ¿Por qué no fuiste como los mantos de la Virgen, que crecen en el valle; como las magnolias, que perfuman la noche; como las palomas, que vuelan hasta las nubes?

También la canción nos dice que Anuscha estaba triste, y las voces de los niños bajan al llegar a estas estrofas, y el agua de sus ojos se enturbia como si el viento soplara sobre ella.

La Canción de ANUSCHA

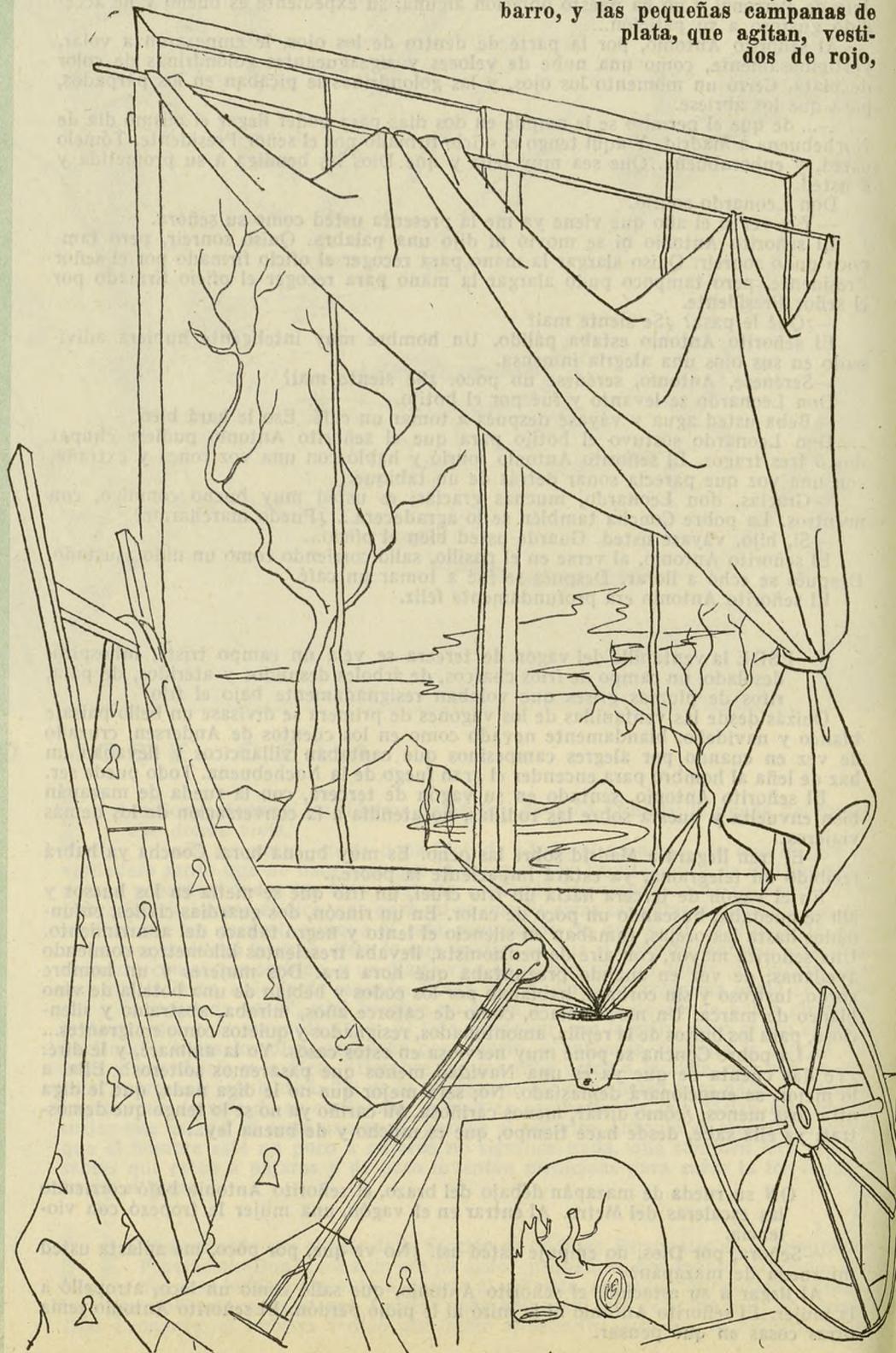
Cuento, por Manuel Pombo Angulo

También la canción nos dice que Anuscha estaba triste porque su piel no era como la nieve.

*Mis penas doy a la fuente,
al río mi suspirar.
Se los lleva la corriente
¡y me los vuelvo a encontrar!*

Anuscha encontraba su pena todos los días, su pena de ser oscura, de tener los ojos negros y la piel encendida de sol. Por eso, cuando aquella Navidad fué llegada, pidió a San Nicolás que le trajese una piel blanca, que la hiciera dormir ante la chimenea, que alimentaban las ramas secas recogidas por ella en el bosque, para despertar, a la mañana siguiente, tan blanca como el mismo amanecer. Anuscha sabía que esto era posible, que todo era posible para San Nicolás, el que viene de muy lejos, deposita sus juguetes para los niños que fueron buenos y, después, sonrío al mirar cómo la lamparilla alumbraba su icono. Quizá

los hombres se rían de este creer de Anuscha; pero los niños saben que estaba en lo cierto, que el corazón de Anuscha, lleno de fervor y fe, encerraba toda la sabiduría del mundo en su pequeña caja rosa. Por eso Anuscha se durmió, feliz y confiada, mientras las campanas del mundo—las campanas de bronce, y las de cobre, y las de barro, y las pequeñas campanas de plata, que agitan, vestidos de rojo,



los monaguillos—, esperaban dar al viento su clamor alborozado, porque Anuscha era ya tan blanca como las cigüeñas que dan guardia a las esbeltas torres.

Pero San Nicolás no llegaba aquella noche. Anuscha no podía conciliar el sueño, y para no ahuyentar a San Nicolás, que no gusta ser observado, ocultaba su cabeza bajo las sábanas. El tiempo pasaba muy lentamente. También lo dice la canción que se canta a lo lejos, mientras las balalaikas se quejan a la noche con notas muy dulces, muy suaves, apenas sonadas.

*Ay, que me muero, me muero,
que me muero de esperar;
dile, viento, que le espero;
díselo, espuma del mar.*

Mas ni el viento traía la respuesta de San Nicolás ni tampoco las espumas de las olas parecían transmitirle el mensaje de Anuscha. Por eso Anuscha se levantó, y se fué hacia el río, porque el río era muy malo y podía haber hecho crecer su corriente sólo para que San Nicolás no consiguiera cruzarlo. Caminaba sobre la nieve, con los pies desnudos, y tampoco sus pies dejaban huellas en la nieve, como el rumor del río y el correr del viento. Su largo camisón las iba borrando al arrastrar, y Anuscha parecía un pequeño fantasma, el fantasma de un niño, mientras levantaba la cabeza hacia la luna y la luna la volvía muy blanca, tan blanca como su madre no la soñó jamás.

Cuando llegó a las márgenes del río vió a San Nicolás luchando contra la corriente. El río le apresaba con sus mil brazos, y apenas se libraba de uno, cuando ya otro le tenía sujeto. El saco, repleto de juguetes, dificultaba sus movimientos, y el río le tendía su trampa de remolinos, y, desde su fondo, las cien voces prisioneras parecían gritarle:

—¡Ven!, ¡Ven!

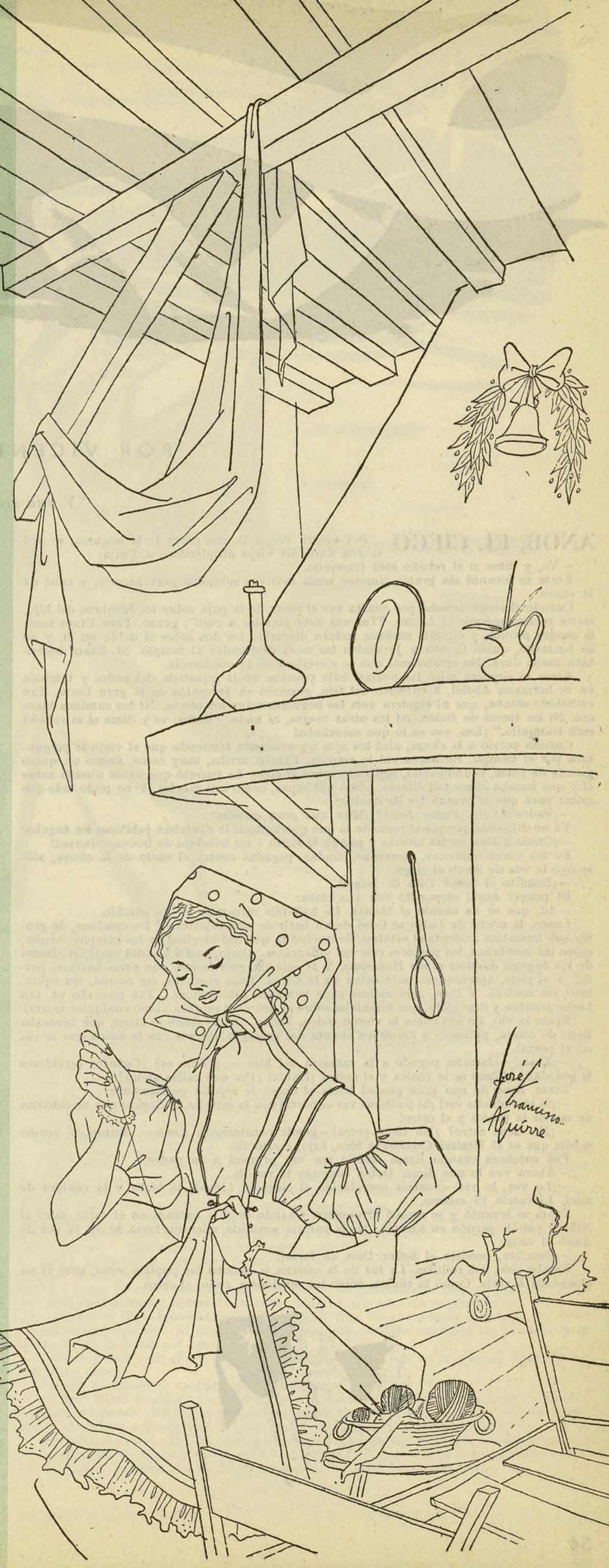
Pero San Nicolás no podía ir, porque debía llevar a cabo su reparto de juguetes. Tampoco podía pedir ayuda a nadie, ni siquiera a San Cristóbal, que cruzó al buen Jesús sobre otro río en turbión, porque San Nicolás debe realizar sólo su trabajo sin más ayuda que la de los niños, que le ayudan durmiendo. Por eso cuando vió a Anuscha, tan blanca y tan chiquita junto a las orillas, le gritó: ¡Anuscha, ayúdame, Anuscha!

Y Anuscha, con las piernas en el agua y sus bracitos tendidos hacia adelante, le repuso: ¡Tírame el saco, San Nicolás!

San Nicolás tiró el saco; al momento el río se volvió muy calmo, como cuando se derrama aceite sobre las aguas. Pero el saco rompióse al chocar contra el suelo y Anuscha y San Nicolás debieron inclinarse muchas veces para recoger los juguetes. Y cada vez que se inclinaban, una estrella caía del cielo.

* * *

Lo dice también la canción. La encontraron muerta, junto al río, y su carita era ya muy blanca. Y en su torno había cientos de juguetes. Y todos los años los niños de la lejana tierra donde se canta la canción de Anuscha, van a las márgenes del río para recoger los juguetes que les trae San Nicolás.



*Jose
Francisco
Aguirre*